

LAS COMUNIDADES PAULINAS, PARADIGMA DE LA INICIACIÓN CRISTIANA EN LA IGLESIA

*The Pauline Communities: A Paradigm
for Christian Initiation in the Church*
*As Comunidades Paulinas, paradigma
da iniciação cristã na igreja*

DIEGO FERNANDO BEDOYA*

Resumen

La vida cristiana puede ser comprendida como un proceso progresivo y creciente de “cristificación” del sujeto creyente quien, después de encontrarse personalmente con Jesucristo y de hacer una opción radical de fe por Él, inicia un camino de configuración con su persona y su palabra. Este itinerario se celebra en la iniciación cristiana, proceso por el cual, mediante la catequesis, la celebración y la vida, la Iglesia lo vincula ontológica y existencialmente al misterio pascual del Señor, con el propósito de que se obre en él la transformación absoluta de su persona, participando de la vida nueva del Resucitado. Esto es lo que reflexiona Pablo en Romanos 6, cuando presenta el bautismo cristiano como el evento

* Magíster en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente Facultad de Teología UPB. Sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín. Este artículo es producto del proyecto de investigación “Kenosis y donacion: una lectura del acontecimiento Jesus”. Radicado en el CIDI-UPB.
Correo electrónico: kabod12@hotmail.com

Artículo recibido el 17 diciembre de 2013 y aprobado para su publicación el 1 de julio de 2014



salvífico que le permite al iniciado “sumergirse” en la muerte y resurrección de Cristo. Un acercamiento bíblico y teológico se realiza en este artículo que busca presentar el proceso de vida y celebración de las comunidades paulinas, como paradigma de la iniciación cristiana de la Iglesia actual, de modo que, superando la simple sacramentalización ritual, lleguemos a una auténtica “pascualización” de las personas para que se conviertan en transparencia de Jesucristo muerto y resucitado, y empiecen una vida según los criterios del Reino de Dios.

Palabras clave

Bautismo, Teología paulina, Sacramentos, Vida cristiana, Misterio pascual.

Abstract

Christian life might be understood as a continuous and increasing process of “christification” of the believer who, after personally meeting with Jesus Christ and radically choosing him through faith, begins a path of self-shaping through His person and word. Such a path is celebrated in the Christian initiation, a process that through the teaching of the catechism, celebration and life; bounds the person ontologically and existentially to the paschal mystery of Jesus. The purpose of this initiation is to work an absolute transformation in the person so that she might participate in the new life of the Resurrected Christ. This is precisely what Paul exposes in Romans 6 when he presents Christian baptism as the redemption act which allows the initiate to immerse herself in the dead and resurrection of Christ. Therefore, the following paper proposes a biblical and theological approach which aims to present the characteristic process of life and celebration of Pauline communities as a paradigm for the Christian initiation of the present-day Church. That way, overcoming the plain ritual sacramentalization, we might achieve an authentic “paschalization” of people in order for them to transform into the transparency of dead and resurrected Jesus Christ and, therefore, they might begin a life according to the rules of the Kingdom of God.

Key words

Baptism, Pauline Theology, Sacraments, Christian Life, Paschal Mystery.

Resumo

A vida cristã pode ser compreendida como um processo progressivo e crescente de “cristificação” do sujeito que crê, o qual, depois de encontrar-se pessoalmente com Jesus Cristo e de fazer uma opção radical de fé por Ele, inicia um caminho de configuração com sua pessoa e sua palavra. Este itinerário se celebra na iniciação cristã, processo pelo qual, mediante a catequese, a celebração e a vida, a Igreja o vincula ontológica e existencialmente ao mistério pascal do Senhor, com o propósito de que se constitua nele a transformação absoluta de sua pessoa, participando da vida nova do Ressuscitado. Isto é o que reflexiona Paulo em Romanos 6, quando apresenta o batismo cristão como o evento salvífico que permite ao iniciado “submergir-se” na morte e ressurreição de Cristo. Uma aproximação bíblica e teológica se realiza neste artigo, que busca apresentar o processo de vida e celebração das comunidades paulinas como paradigma da iniciação cristã da Igreja atual, de modo que, superando a simples sacramentalização ritual, cheguemos a uma autêntica “pascalização” das pessoas, para que se convertam em transparência de Jesus Cristo morto e ressuscitado, e comecem uma vida segundo os critérios do Reino de Deus.

Palavras-chave

Batismo, Teologia paulina, Sacramentos, Vida cristã, Mistério pascal.

INTRODUCCIÓN

El punto de partida obligado de una exposición de esta índole, es la “resignificación” de algunas categorías y términos utilizados en la Teología católica desde los comienzos de la Iglesia, y que hoy, tal vez, resultan inconvenientes y con pocos o nulos aportes. Dicho proceso, que hemos denominado “resignificación”, que busca dar nuevo contenido semántico a las categorías de siempre, facilita la comprensión de las ideas que se quieren desarrollar en este artículo. De manera particular, intentaremos replantear lo que hemos comprendido por Iniciación cristiana, de tal manera que, volviendo a la frescura del argumento bíblico, podamos realizar procesos

serios de cristianización y no sólo de sacramentalización rutinaria, como lo venimos padeciendo en el momento actual.

Nos hacemos algunas preguntas iniciales: ¿partimos de un concepto de Iniciación cristiana¹, ya establecido, y buscamos luego en la Palabra de Dios luces para una ulterior elaboración teológica que la fundamente? O ¿Leemos desprevenidamente los textos bíblicos y abducimos el contenido teológico de la expresión? Ambos caminos son posibles, pero consideramos que el indicado es el segundo: acudir a la fuente primera de la Teología, que es la Palabra de Dios contenida en la Biblia, para que de ella broten conceptos prístinos y originales sobre la Iniciación cristiana, que es la realidad fundante y fundamental de la Iglesia, en cuanto que ella brota del misterio pascual del Señor y de dicho misterio se participa por la celebración de los llamados sacramentos de la Iniciación cristiana.

Elegido el camino de ir a las escrituras para que sean ellas las que hablen, encontramos muchas posibilidades, todas ellas válidas, para una fundamentación bíblica de la Iniciación cristiana. Incluso, corriendo el riesgo de exagerar, se puede inferir que el Nuevo Testamento es un gran proceso de Iniciación cristiana porque busca, a través del testimonio escrito del cristianismo naciente, llevar a sus lectores a una experiencia de fe en Jesucristo como Hijo de Dios, para tener vida eterna, como lo expresa la primera conclusión del cuarto Evangelio (Jn 19).

A pesar de esto, sólo es posible escoger una de todas las lecturas, y es la que ve a las comunidades paulinas como paradigma insuperable de la Iniciación cristiana. Y de manera particular, las comunidades de Siria, donde Pablo realizó su personal iniciación en los misterios de la fe y las de Roma, a las que les dirige la última de sus cartas. En esta carta, en el capítulo sexto, se encuentra, según nuestro parecer, la reflexión teológica más profunda y

1 El concepto de Iniciación cristiana no es bíblico. Parece tener su origen en el contexto de las religiones místicas. Uno de estos aspectos es, sobre todo, la idea de morir y resucitar de los cristianos con Cristo; y se sospecha que ha nacido en la analogía con las religiones místicas, porque ellas, y sus adeptos, en el acto de iniciación, adquieren una participación en el destino de muerte y revitalización de las divinidades (Molina, 2002).

clara de la Iniciación cristiana en el Segundo Testamento. De esta forma, nos estaríamos acercando a las comunidades del comienzo y a las del final de la vida del apóstol, como si fueran una gran inclusión.

La literatura paulina, no sólo la auténtica sino la derivada de su espíritu y que encuentra en el apóstol de las gentes su autoridad, siempre se ha considerado privilegiada en el conjunto del Segundo Testamento para fundamentar algún tema o realidad de la Iglesia. Se aplica el criterio difundido de que lo más antiguo es más autorizado, por su cercanía con el evento fundante. En este caso, los textos de las cartas protopaulinas (1 Ts, Flp, Flm, 1y 2 de Cor, Gá y Rm), que recogen el testimonio más primitivo y original de Pablo de Tarso, son los primeros escritos del Segundo Testamento sobre este asunto de la Iniciación cristiana. No obstante, a pesar de este criterio de antigüedad literaria, antes que cualquier cosa, son el fruto maduro de un proceso vital que comienza con la experiencia y desemboca en la elaboración teológica y doctrinal. Nos encontramos con la reflexión cuando se abren los textos, pero debemos rastrear la experiencia vivida que está en la base, en la propia vida de las comunidades cristianas destinatarias de los escritos. Y de estas comunidades, privilegiaremos la comunidad antioquena, manantial de profesiones de fe que nacen y se realizan en ambiente cúllico y la de Roma, destinataria del texto, considero el clímax de la literatura paulina.

LAS COMUNIDADES DEL COMIENZO (DAMASCO Y ANTIOQUÍA DE SIRIA): INICIADORAS DE LA FE DE PABLO DE TARSO

Partamos del hecho irrefutable del encuentro de Pablo con el Señor Resucitado en las inmediaciones de Damasco, capital de Siria. Allí tuvo lugar el suceso que Lucas describe con características de conversión (Hch 9), pero que el mismo Saulo, en la carta a las Gálatas, referencia como una revelación de Jesucristo (Ga 1), que Dios le ha concedido. No nos corresponde ahondar en este hecho, pero es necesario afirmar que el “camino” de Damasco, la comunidad cristiana presente en la capital de Siria, marca el inicio de su fe en el Crucificado Resucitado. De allí se dirige a Arabia; y después de su regreso a Damasco, visita brevemente a Cefas en Jerusalén; luego inicia

una actividad misionera por la región de Siria y Cilicia (Gal 1,16-21). Este periplo de Pablo muestra que su vida y misión siempre se desarrollaron en comunidades helenísticas, y casi siempre comprometido con el anuncio del Evangelio a los gentiles y, por eso, abierto a la elección universal de Dios por medio del Evangelio de Cristo.

Ahora bien, si Damasco hace nacer en la fe cristiana a Pablo, anunciándole y testimoniándole el *kerygma* cristiano², Antioquía de Siria³ será la comunidad que lo forma en la fe y lo inicia en el cristianismo. Este dato no es absoluto, es hipotético, porque nos estamos ateniendo a lo que dice Hechos, que cubre el período entre la conversión del apóstol en Damasco y su primera reunión con los apóstoles mayores en Jerusalén diciéndonos que Pablo se integró a la comunidad cristiana de Antioquía, de donde parte luego para su primer viaje misionero, junto con Bernabé⁴. Esta Iglesia particular se destacará en el Segundo Testamento por muchos motivos que aparecen presentes en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Sólo destaco tres aspectos que pueden servir: 1. Es una comunidad cristiana compuesta, sobre todo, por judeocristianos de lengua griega, lo que explica su apertura a la misión entre los gentiles porque para ellos es claro que Jesús es el Mesías de Dios para todos los pueblos de la tierra, no sólo para los judíos de Sión. 2. Se destacaron figuras proféticas y carismáticas como la de Bernabé. 3. Es el lugar, según el desarrollo temático de los Hechos, donde por primera vez se llama a los discípulos de Jesús como cristianos. Al parecer las fórmulas tradicionales cristológicas que Pablo recoge y propone dentro de su reflexión en las cartas le fueron conocidas desde su permanencia en Antioquía. Y muchas de estas profesiones de fe de la tradición prepaolina o parapaulina tienen su *sitz im leben*, en el culto y en la liturgia bautismal (Baena, 2011, pp. 703-704).

2 Quizás Ananías, personaje mencionado en el libro de los Hechos de los Apóstoles en la primera narración de la conversión de Saulo, tenga que ver con este proceso de iluminación cristiana y despertar a la fe que denominamos Iniciación. Cfr. Hch 9.

3 Una suficiente descripción de la ubicación y fundación de la ciudad de Antioquía se encuentra en Ramis, 2009; Echegaray, 2002, pp. 82-83; Crossan & Reed, 2006, pp. 241-242. Estos textos y otros, hablan de las características de las comunidades cristianas antioqueñas. Cfr. Núñez, 2002, p. 26.

4 Se puede consultar un estudio hecho por Gnllka sobre este período de la vida del apóstol. Cfr. Gnllka, 1998, pp. 51-55.

Aunque Pablo nunca referencia su proceso de fe en estas florecientes iglesias del cristianismo primitivo, Damasco y Antioquía, por los escritos concluimos que el punto de partida de la Iniciación cristiana, porque así lo experimentó él mismo en su vida, es el hecho consumado de la Pascua del Señor Jesucristo. Su vida, su muerte, resurrección, glorificación y el don del Espíritu inauguran los tiempos definitivos de la salvación. La Pascua no sólo introduce la eternidad de Dios en el tiempo de los hombres, sino que lleva a plenitud la creación y los designios salvíficos de Dios, los cuales se vinieron preparando en la historia del pueblo de la Primera Alianza. En Cristo Resucitado, como acontecimiento salvador, único e irrepetible, lo antiguo ha pasado y lo nuevo ha llegado y como evidencia de esto se congrega en torno suyo una comunidad que, con toda razón, se puede denominar “escatológica”. Un grupo alternativo de hombres y mujeres que, como dice el mismo apóstol viven su vida en Cristo⁵ (2 Cor 12,2; 1 Cor 1,30; 2 Cor 5, 17), que no es otra cosa que la vida de Cristo en las personas.

En el mismo Pablo, las cosas, al parecer, se dieron de la siguiente manera: primero el encuentro, luego la profundización y, por último, como momento culminante, el bautismo. En este orden de ideas, el rito bautismal aparece como la celebración de la conversión, que no es otra cosa que la transformación radical de una persona por el poder del Resucitado. El modelo siempre será lo que aconteció en el camino de Damasco, que Pablo interpreta como una verdadera aparición pascual. Una manifestación divina, en términos de Revelación. Revelación no entendida como simple tradición oral expresada en fórmulas o confesiones de fe, sino como un acontecimiento producido gratuitamente por Dios en su Hijo Crucificado, quien, al cambiarle por

5 “El hombre en Cristo” es una expresión que sintetiza muchas realidades, todas ellas apuntan a describir la vida del hombre seducido por Cristo. Se trata del hombre salvado, resumiendo así la acción de Dios y sus efectos concretos en el hombre. Hay varias expresiones y todas merecen una ampliación: reconciliación, justificación, filiación adoptiva, salvación, liberación. “La condición cristiana fundamental, según Pablo, puede decidirse –en términos no paulinos– que se trata de una comunicación y relación que Dios ha establecido y establece con el hombre, que transforma totalmente y se abre a tal relación. Es un ofrecimiento de amor total que Dios ha hecho desde siempre y hace por medio de la vida, muerte y resurrección de su Hijo (...). La condición del hombre nuevo en Cristo es que Dios lo ama, y ello lo convierte en un hombre nuevo” (Pastor Ramos, 1991, pp. 130-131).

completo la vida, lo transformó de perseguidor en anunciador del evangelio. En breves palabras, como lo explica Gustavo Baena:

en la revelación que Dios hace de su Hijo a Pablo, el actuar de Dios, en cuanto acto revelador, es precisamente la acción directa de Dios en el Apóstol; y tal acción tuvo como efecto el cambio de vida y de pensamiento del Apóstol, que no puede ser otra que la configuración del Crucificado en Pablo. (Baena, 2011, pp. 611-612)

Cuando el hombre acoge por la fe al Hijo de Dios, no sólo se encuentra perdonado (en la terminología jurídica típica del judaísmo que Pablo conoce), sino liberado del poder del pecado. Por eso, más allá de la terminología convencional del Primer Testamento para hablar de la conversión y perdón de los pecados, Pablo utiliza, en su lugar, justificación y reconciliación y marca la novedad: obra exclusiva de Dios en Jesucristo por el Espíritu, que transforma al creyente y reproduce en él la imagen de su Hijo (Rm 8, 29; 2 Cor 3, 18); cambio que se operó en él y que fue interpretado en términos de elección-vocación (encuentro con el Resucitado). En 1 Cor 15, texto de obligatoria recurrencia cuando se habla de la vocación de Pablo, el apóstol dirá que este único Evangelio con el que él se ha encontrado es un acontecimiento capaz de salvar. No es del orden humano, sino un don de Dios mismo, ofrecido incondicionalmente en la cruz gloriosa de su Hijo. Además, enfatiza Pablo que el evangelio tiene suficiente poder de salvación. A diferencia de la doctrina de las comunidades de Jerusalén y Judea, donde el anuncio cristiano no se había desligado de la circuncisión y de su compromiso obligado, la observancia de la ley judía, el evangelio como justicia de Dios tiene por sí mismo toda la eficacia salvadora, independientemente de los condicionamientos legales. Por eso no se requiere la circuncisión sino un nuevo rito que exprese la novedad de lo dicho hasta ahora, y este rito es el bautismo, por el cual el hombre participa de la justificación. Aquí es oportuno anotar que, como católicos, creemos que esta justificación es objetiva y real porque da frutos en las obras de amor del creyente, y no simplemente un acto pasivo, recibido por el hombre gracias al asentimiento de la fe, pero que no afecta ontológicamente al sujeto.

Surge, entonces, una experiencia de fe por el influjo del Espíritu que desemboca en el bautismo como celebración ritual que actualiza en la

persona los efectos de la Pascua. Fe, Espíritu y bautismo son el trípode de la Iniciación cristiana en las comunidades, sobre todo en la de Antioquía. La Pascua adquiere tres dimensiones: evento cumplido de una vez para siempre en el tiempo de Dios y de los hombres en el Crucificado Resucitado. La Pascua predicada y celebrada en el creyente hace a la persona contemporánea del evento salvífico; la Pascua, como proyecto de vida, se constituye en la auténtica Iniciación cristiana. Iniciación en este caso no es sólo preparación, sino la vida misma del creyente en Cristo Jesús, y dura toda la existencia. Según Pablo, nos iniciamos siempre porque siempre estamos viviendo el misterio pascual del Señor. Sólo que durante la vida va adquiriendo distintos matices catequísticos, litúrgicos y espirituales.

La iniciación cristiana se configura como el proceso, progresivo y creciente, de configuración con el Cristo Pascual. Es la cristificación de la persona, la pascualización del hombre creyente. Y esto se da en lo que Pablo denomina con los términos “sumergirse” y “reproducir”.

Saquemos una conclusión provisional: el bautismo es el punto de llegada y de partida de toda la Iniciación cristiana. De llegada, porque el anuncio kerygmático lleva a la opción de fe, celebrada ritualmente; de partida, porque la celebración ritual no es el fin sino el auténtico comienzo de todo. Los otros dos sacramentos (que son términos anacrónicos) son prolongación o dimensiones del único bautismo. De hecho, en las cartas auténticas, hay referencias a la acción pneumatológica del *Kyrios* en la comunidad; incluso algunos textos (Rm 8 y Ga 5) ofrecen una sorprendente claridad sobre la obra del Espíritu (en este punto, el sacramento de la confirmación, con todos sus líos teológicos y pastorales, no encontrará la iluminación que se quisiera en la literatura protopaulina). Sobre las consideraciones de la Eucaristía, debemos reconocer que son pocas, aunque suficientes. La cena del Señor y comunión serán las categorías utilizados y ambas en 1 de Corintios. El bautismo se vuelve sacramento de sacramentos, sacramento fontal, sacramento principal porque no es otra cosa que la reproducción del Cristo Crucificado Resucitado en el creyente. De la misma manera, el don del Espíritu y la cena del Señor, íntimamente vinculados desde el comienzo, también y con toda razón, pueden ser llamados sacramentos, o para ser más fieles al dato bíblico, misterios, desmembraciones del único misterio que es Cristo.

Quedan múltiples cuestiones abiertas para posteriores reflexiones. Sin embargo, sólo queremos plantearnos un último interrogante: los tres elementos constitutivos del círculo hermenéutico celebrativo de los sacramentos en la Iglesia: catecumenado, celebración y mistagogia, ¿encuentran su fundamento en la Biblia?

Aquello que la Iglesia denominará después catecumenado, es toda la vivencia del anuncio kerygmático comprendida como proclamación y praxis concreta como, estamos seguros, se dio en los grupos cristianos de los orígenes, ya que por la Palabra de salvación que se anuncia con unción, se llega a la fe, requisito para el bautismo. Un proceso que es testimonial y catequético. El análisis de los textos confirma que “en el cristianismo primitivo se consideró de manera unánime el bautismo como el sacramento de iniciación en el que desembocan todos los diversos momentos del proceso de conversión” (Wilckens, 1992, p.63).

En cuanto a la celebración, seguro se pueden identificar algunos signos sacramentales, el principal es la ablución con el agua (sin alguna fórmula identificable, al menos en los escritos protopaulinos; quizá sea bautismo en el nombre de Jesucristo. Es oportuno decir que apenas el *Kerygma* primitivo comenzó a considerar la muerte de Cristo como evento salvífico, se vincula el rito bautismal con la fórmula de fe como lo encontramos en Rm 6,6. La fórmula de fe antioquena –1 Cor 15– tiene los tres elementos: muerte, sepultura, resurrección). Pero la intención principal no es la descripción de lo celebrativo. Se conoce un rito bautismal, seguro heredado de los movimientos bautistas, especialmente el de Juan (aunque, por su puesto, cristianizado) pero Pablo hace teología, no fenomenología ritual. En este punto, sería bueno hacer una citación a propósito del sentido de los ritos en Pablo, que presenta Margaret Macdonald en un texto sobre las comunidades paulinas:

Las acciones rituales tienen una función central en la edificación de la ekklesia, como medio para poner a los individuos en contacto con lo sagrado por primera vez o para renovar experiencias fundamentales; como medio para reforzar creencias existentes y como poderoso medio educativo. Las acciones rituales con una combinación de lo espontáneo y lo acostumbrado. Sin embargo, incluso lo más espontáneo, tiene un marco

dentro del contexto ritual. Por otra parte, hay que esperar menos espacio para lo espontáneo en las comunidades paulinas a medida que progresa la institucionalización y crece el cuerpo de la tradición. (Macdonald, 1994, p. 110)

Pablo muestra que el “sacramento” no cambia al hombre de forma misteriosa o mecánica, sino que introduce en el seguimiento del fiel en la Iglesia; no se trata de una protección mágica, sino de introducirlo en la vida de la comunidad. El mismo grupo de los discípulos y sus reuniones litúrgicas eran el espacio donde los cristianos experimentaban el poder transformador de Cristo, el Señor (1 Co 14, 25). El bautismo que no se puede separar de la fe, es una confesión, no una fuerza mágica. Sólo fe y bautismo, unidos inseparablemente hacen al hombre cristiano.

El tercer aspecto, la mistagogia, sería la propuesta de vida nueva en Cristo, reproduciendo en la propia existencia la Pascua del Señor y que, para esos escritos estudiados, se ve en la superación del pecado (justificación) y la filiación divina. De manera más concreta, se trata de vivir como resucitados, como salvados que replican en su vida de manera real el itinerario vital de Jesús de Nazaret, incluyendo, por su puesto, su Resurrección. Desplegando todos los dinamismos vitales que tiene el ser humano desde su creación y que están presentes en su estructura antropológica, dejando que el Espíritu del Resucitado lo conduzca hacia su madurez y plenitud.

LA COMUNIDAD DE ROMA, DESTINATARIA DE LA TEOLOGIZACIÓN DE LA INICIACIÓN CRISTIANA A PROPÓSITO DE Rm 6, 1-11

Después de exponer algunos elementos de comprensión de la Iniciación cristiana desde lo sucedido con Pablo en las comunidades que lo acogieron cuando se dio su paso del fariseísmo al grupo de los discípulos del Crucificado Resucitado, nos iremos al extremo final de su vida, cuando, en la madurez de su captación del cristianismo, dirige la última de sus epístolas al grupo creyente que peregrinaba en Roma.

No nos corresponde hacer una presentación de la carta, ni desde lo literario ni desde lo teológico, pero sí ubicaremos el texto bíblico que hemos elegido y se dejan claras las razones de esta opción hermenéutica.

Sin ser la única posibilidad de interpretación del texto de Romanos 6, consideramos que esta perícopa es una de las que mejor desarrolla la teología bautismal del Segundo Testamento. Por tal motivo, a partir de una búsqueda exegética y teológica, en clave sacramental, desarrollaremos algunos elementos. Insistimos en lo dicho anteriormente: la Iniciación cristiana como tal no aparece en la Biblia, pero su núcleo de comprensión teológica sí se fundamenta en las escrituras. De manera más específica, al desarrollar temáticamente el bautismo, ya estamos sentando las bases bíblicas de toda la Iniciación.

Haremos, pues, unas precisiones exegéticas y luego una lectura teológica de Rm 6, 1-11.

Rm 6 debe enmarcarse en la sección de Rm 5-8 que es la parte soteriológica de la carta, la cual describe la condición ontológica y existencial de los bautizados, de quienes han alcanzado la justificación por la fe.

El primer discurso doctrinal (1,18-4-25) (Sánchez, 1999, pp. 300-303) tuvo como núcleo la justificación. Este segundo discurso (5,1-8,39), desarrolla el tema de la vida cristiana. La metodología escogida por Pablo en esta sección es la antítesis entre “Adán” y “Cristo”, el “pecado” y la “gracia”, la “Ley”, la “carne” y el “Espíritu”.

La perícopa bautismal está enmarcada en un contexto próximo que presenta a Cristo ante el pecado y la muerte (5, 12-6, 23). Pecado y muerte son poderes de desgracia. El pecado es el poder de desgracia superior; la muerte es su cómplice. El pecado aparece en la carta a los Romanos casi personalizado. Sin embargo, lo importante es la acción de Dios, la cual justifica y salva. Sin extendernos demasiado en consideraciones, podemos sintetizar la reflexión diciendo que si la consecuencia del pecado es la muerte, la vida eterna es la consecuencia de la obediencia de Cristo. Vida eterna explicada en las siguientes afirmaciones: participaremos de su resurrección (v. 5c), viviremos con Él (v. 8b), tendremos como fin la vida eterna (v. 22d).

23c). Y a esto se suma una idea muy original: la fuerza de la resurrección se transparenta ya en nuestra vida terrena: una vida nueva (v. 4d), muertos para el pecado y vivos para Dios (v. 11b), como quien pasó de muerte a vida (“como vivos entre los muertos” (v. 13d).

Hasta aquí un sumario del desarrollo temático. Entremos en su consideración particular.

El punto de partida de la perícopa que hemos denominado bautismal es una objeción, técnicamente denominada antítesis de superación: si la gracia sobreabunda donde abundó el pecado (5, 20b), más vale esperarla sin esfuerzos. Pablo plantea el asunto (v.1) con el estilo de diatriba, pero de inmediato responde: eso se aplica a quienes están en el pecado, no para los que “han muerto” a él (v.2) (Vidal, 1996, pp. 413-415).

El v.2 trae la tesis principal: la muerte del creyente en Cristo ha significado un corte radical en su vida: su existencia anterior (“hombre viejo” v.6), dentro del ámbito de dominio del pecado, ha quedado eliminada. Los siguientes versículos (v.3-11) explican la tesis en clave bautismal. Estar muertos al pecado y vivos para Dios, se evidencia en lo que sucedió en el bautismo y en sus consecuencias morales. El misterio de Cristo muerto y resucitado se hizo eficazmente presente en nosotros en el bautismo porque nos une a la muerte de Cristo (v.3) y a su sepultura (v.4), nos “planta junto a Él” (v.5) y crucifica con Él nuestro hombre viejo.

El bautizado ha muerto efectivamente con su Señor (...) El Bautismo se parece a la muerte de Cristo en la medida en que separa del pecado (estando unidos a Cristo por el bautismo, los creyentes comparten su estado de separación con respecto al pecado). El Bautismo solo tiene sentido si manifiesta lo que significó para Jesús la muerte física, a saber, una muerte al pecado, una separación total y definitiva de las fuerzas del mal. (Comentario bíblico internacional, 1999, p. 1439)

Los bautizados hemos sido sacados de este mundo sometido al imperio del pecado y “sumergido” en Jesucristo (según el significado original de la expresión griega βαπτίσθημεν εἰς Χριστὸν Ἰησοῦν: “fuimos bautizados en Cristo Jesús”).

Los términos que evocan la realidad del bautismo son el verbo Βαπτίζεσθαι (“sumergir”) y el sustantivo βάπτισμα (bautismo), que sólo aparece aquí en las cartas auténticas de Pablo. La forma verbal suele aparecer en aoristo, haciendo referencia a la acción de “sumergir”. La forma sustantiva traduce la idea del término de la acción. La inmersión tiene un doble referente: Cristo (εἰς Χριστόν) y su muerte (εἰς τὸν θάνατον αὐτοῦ).

v. 5 Este versículo presenta el sustantivo ὁμοίωμα traducido por “semejanza”. Término que puede ser interpretado de manera simbólica para dar a entender que el bautismo, en su aspecto ritual, reproduce en sacramentalmente la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesucristo. El gesto litúrgico de sumergir al bautizando en las aguas, reproduce la semejanza de la Pascua de Cristo.

Ahondemos en esta explicación. Pablo utiliza la palabra (*omoíoma*) en tres textos: Rm 1, 23; 5, 14; Flp 2,7. En algunos casos está su utilización en los LXX (p. ej. Sal 105, 20) donde se ofrece una doble significación: figuracopia (imagen) y figura con consistencia propia. Pablo lo usa sin pensar en una mediación figurativa sino enfatizando la realidad del referente indicado. En nuestro caso se proclama la participación real del creyente en la muerte de Cristo. Por el Espíritu santo, que intervino en la Resurrección de Cristo, en nuestro bautismo el mismo espíritu nos hace participar en el evento salvífico. En el marco simbólico del bautismo se da una contemporaneidad metahistórica entre el creyente y la muerte de Cristo.

El hombre comparte en el bautismo, de una manera misteriosa (sacramental) y, por lo tanto real, el destino de Cristo, obteniendo la libertad de la servidumbre del pecado y viviendo en Cristo, entregado sólo a Dios. Sin embargo, cabe recordar que la ruptura del cristiano es absoluta en cuanto en él se hace presente la ruptura operada por Cristo, pero desde el punto de vista existencial cristiano el elemento cristológico es inseparable del antropológico. Por ello siempre aparecen las limitaciones y los condicionamientos de la esfera antropológica.

El bautismo es la concreción de la eficacia salvadora de la Pascua de Cristo, por la que hemos sido liberados completamente del poder del pecado ya que no estamos en la ley sino en la gracia. Este sería el indicativo. Pero

hay unas consecuencias en imperativo: no debemos dejar que el pecado reine en nosotros (v. 12), ni entregarle nuestros miembros (v. 13).

El bautizado ha muerto efectivamente con su Señor (...) El bautismo se parece a la muerte de Cristo en la medida en que separa del pecado (estando unidos a Cristo por el bautismo, los creyentes comparten su estado de separación con respecto al pecado). El bautismo sólo tiene sentido si manifiesta lo que significó para Jesús la muerte física, a saber, una muerte al pecado, una separación total y definitiva de las fuerzas del mal. (Comentario bíblico internacional, 1999, p. 1439)

Es interesante ver cómo la participación en la muerte de Cristo ya se ha dado, en el momento presente, pero la participación en la resurrección está pendiente; hay una forma de anticipar el futuro al presente y es la conducta moral del creyente, ya que manifiesta lo que se revelará cuando llegue la resurrección final. Es una vida nueva que no es fruto de los esfuerzos humanos sino de la gracia que brota del misterio pascual porque el que el cristiano se une de tal manera a Cristo que nada lo podrá separar de Él (Rm 8, 35). Queda que el creyente “ande en una vida nueva”. Se trata de conformar la vida con la Resurrección de Cristo y con su propia resurrección bautismal, es decir, una vida de auténtica libertad, manifestada en las virtudes teologales. Libertad que no es otra cosa que la obediencia de la fe (Rm 1, 5; 16, 26). La fe fructifica en la esperanza alegre de aguardar la condición definitiva de hijos de Dios y el amor es la plenitud de esta libertad (Benavent, 2002, p. 52; Comentario bíblico latinoamericano, 2003, p. 791).

Concluyamos esta parte. Aunque el bautismo no está en el centro del pensamiento teológico de Pablo, el cual gira en torno a la fe en el acontecimiento salvador de Cristo Jesús, las consideraciones bautismales quedan integradas en su mensaje acerca del tema de la justificación. Reconozcámoslo: Rm 6 no menciona el don del Espíritu que se concede en el bautismo ni tampoco habla de la incorporación del bautizado a la comunidad en cuanto Cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 13). Tampoco se dice nada sobre la preparación del bautizando ni sobre la realización del rito. Sólo se habla de la vida bautismal, una vida libre ya que el bautizado no vive ya en la esclavitud del pecado. Estos argumentos y otros pudieran ser razones suficientes para abandonar la lectura del texto en clave bautismal; sin embargo, el trasfondo

teológico nos permite continuar. La idea del bautismo como participación en el destino de Jesucristo, en su muerte y resurrección, no fue plasmada ni desarrollada primeramente por Pablo, sino que constituye una comprensión del bautismo que tenían las comunidades cristianas helenísticas antes de Pablo y en tiempos de él, pero que el mismo apóstol recoge, amplía y luego transmite desde su propia captación. Suficiente motivo para seguir considerando este texto como asidero teológico del bautismo cristiano.

CONCLUSIONES

La Iniciación cristiana, tal como la comprende y celebra la Iglesia en la actualidad, con toda su procesualidad kerygmático-catequética, con toda su fuerza ritual y, sobre todo, con todo su dinamismo salvífico, no puede ser encontrada igual en el Segundo Testamento. Sin embargo, las escrituras, fuente primera de la teología y de la vida cristiana, presentan la esencia de lo que todas las generaciones entenderán a la hora de celebrar los inicios en la vida de la fe. De esta manera, se constata lo que afirma DV de que no sólo de la Biblia y mucho menos de su literalidad, la Iglesia saca la verdad revelada, sino que acude a su experiencia misma como Cuerpo del Señor para que en la totalidad de su ser eclesial, Dios siga hablando y manifestando su proyecto de salvación; así, las escrituras nos ofrecen el contenido sustancial, pero las formas se van adaptando al devenir de los tiempos. Por eso, aunque con expresiones rituales distintas y comprensiones mayores a las del inicio, la Iglesia de hoy celebra lo mismo que celebraron las comunidades cristianas de la primera etapa de nuestro camino histórico: la actualización para el creyente del misterio pascual por medio de la inmersión bautismal; el sello del Espíritu pentecostal (confirmación) y la participación en la muerte del Señor, al partir el pan, hasta que Él vuelva (Eucaristía).

Por la Iniciación cristiana el Padre, por medio de su Espíritu, nos hace hijos en su Hijo único. Nos configura de tal manera a Cristo, que ya no somos nosotros sino Cristo formado en nosotros. Esto es lo que la teología oriental llama la “divinización del hombre”. No porque el ser humano se eleve de manera prometeica hasta Dios y se haga divino como Él, conquistando el premio de la divinidad por su propio poder, sino porque

al hacerse Cristo, participa plenamente de su condición filial divina. De esta manera, formamos el Cristo total: el Unigénito de Dios y los miembros de su Cuerpo. Presentadas las cosas en estos términos, la Iniciación cristiana busca realizar en plenitud el designio de la salvación que, como lo expresa la DV, acontece como obra de la Trinidad que busca hacernos consortes de la naturaleza divina. Todo por pura gracia de Dios, para evitar un nuevo pelagianismo donde las pretensiones soberbias y autosuficientes del hombre quieren endiosarlo; por el contrario, la condescendencia divina ha dispuesto el camino para que el hombre se eleve hasta las alturas de Dios, no por su propia iniciativa y capacidad, sino como respuesta libre y gozosa a una iniciativa y acción del Padre que por el misterio de la Encarnación y de la Pascua ha descendido hasta nosotros para llevarnos a su gloria.

La iniciación cristiana no es más que otro lenguaje para hablar del misterio de la salvación (*Celebrare il mistero di Cristo*, 2001, p. 90)⁶. Es la manera concreta como Dios salva a un ser humano. La forma como en cada sujeto histórico, Dios realiza de manera subjetiva, pero en comunión de Iglesia, lo cumplido objetivamente en la Pascua de Cristo. La virtualidad salvífica de la cruz gloriosa del Salvador se aplica de manera real y personal a cada hombre y mujer en la iniciación cristiana. Aquí queda perfecto un comentario recogido por Dionisio Borobio en una de sus compilaciones sobre liturgia:

El misterio pascual es el mismo misterio de Jesucristo, concebido, no como yuxtaposición de hechos salvíficos, sino como un acontecimiento unitario de salvación. La muerte de Cristo es nuestra propia muerte al pecado y es también rostro de nuestro pecado; su resurrección fue la efusión del Espíritu de Jesús, de manea que comenzó a vivir en el Espíritu en todo su ser. Su transfiguración fue una manifestación de la parusía final. La salvación cristiana, por consiguiente, no es algo a distribuir, sin una persona. El misterio pascual de Cristo, síntesis escatológica, no es un recuerdo de los acontecimientos de nuestra salvación sino los mismos acontecimientos de

6 El bautismo y la confirmación inician al creyente en la historia de la salvación en cuanto inician en la comunidad escatológica de salvación. Son la conexión con el hecho fundante de la historia de la salvación, que es el misterio pascual.

nuestra salvación, a nivel de proclamación y realización, gracias al don de la liturgia. (Maldonado & Fernández, 1987, p. 311)

La iniciación cristiana se entiende como un proceso unitario y progresivo por el que el creyente se cristifica pascualizándose. Esto quiere decir que, gracias a la Iniciación cristiana, la persona se hace Cristo por participar sacramentalmente en el misterio pascual por el que el Espíritu nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!

La lectura de Rm 6 deja claro que el único sacramento es Jesucristo, muerto y resucitado, plenitud de la historia de la salvación de los hombres. La palabra sacramento ha entrado en el acervo terminológico y categorial del cristianismo tardíamente, pero si aceptamos que su antecedente más genuino es misterio, concepto desarrollado sobre todo en textos deuteropaulinos, pero cuyo contenido no es ajeno al texto en cuestión, el único misterio es Cristo quien, por voluntad del Padre, revela su plenitud filial al hacer participar a su Cuerpo eclesial en el evento pascual. Los sacramentos de la Iniciación sumergen simbólicamente, con toda su eficacia y virtualidad en esta realidad soteriológica de la Pascua de Cristo e inician un proceso ontológico y existencial que crece y madura durante toda la vida en espera de su consumación en el Reino de Dios.

La forma vergonzosa, por no llamarla folklórica y hasta, en algunos casos, ridícula, como hemos venido ofreciendo la Iniciación cristiana exige, cuanto antes, una revisión y un cambio radical. Lo que se llamaría en términos empresariales modernos, una reingeniería. De lo contrario, estaríamos asistiendo, como cómplices mudos, al desmoronamiento del cristianismo mismo. Me atrevería a decir, que lo que se necesita es todo un proceso de conversión cristiana para volver a los comienzos y recuperar el tenor original de lo que fue el aparato constitutivo del cristianismo primitivo: la participación de las personas en la filiación divina de Jesús, mediante un itinerario que comenzaba por el encuentro con el Kerygma proclamado por los testigos de la Resurrección; un cambio radical de la vida que llevaba a la adhesión a Cristo como Señor y, finalmente, una celebración jubilosa en la que la comunidad de los salvados injertaba a un nuevo miembro en el misterio de la pascua, constituyéndose este momento ritual en un auténtico nuevo nacimiento en el Espíritu a la vida de Dios.

Sin querer absolutizar ningún momento histórico, porque sería negar el carácter progresivo de la acción reveladora de Dios, las comunidades paulinas son una fuente inagotable de contenidos para una renovación de la concepción y la pastoral de la iniciación cristiana. Pablo seguirá siendo la estrella más luminosa del universo cristiano y antorcha inextinguible que nos ilumina este camino porque queremos vivir lo que él vivió en las comunidades sirias de Damasco y Antioquía, las cuales marcaron definitivamente su experiencia de fe y sus escritos. Configurarse con Cristo, hasta el punto de exclamar: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20), manifiesta lo que fue su Iniciación cristiana; un proceso iniciado en su encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco y que culminó con su bautismo después de una suficiente educación en la nueva fe cristiana. Si Pablo le recuerda a la comunidad de Roma, casi en el cenit de vida apostólica, que no pueden seguir bajo el yugo del pecado, porque han con-muerto y con-resucitado con Cristo, es porque el primero en haberlo hecho ha sido él mismo. Rm 6 no es más que la teologización de la experiencia concreta del apóstol, de su propia iniciación cristiana, en aquellos ambientes eclesiales sirios en los que nació su fe y fue educado en ella antes de enviarlo a la misión.

De la recuperación de la Iniciación cristiana, con todo el tenor y la frescura de los orígenes, aprovechando la riqueza de la tradición litúrgica y teológica que la ha alimentado y engrandecido a lo largo de 20 siglos, depende el presente y el futuro del cristianismo. Si no paramos cuanto antes esa tendencia execrable a sacramentalizar de manera rígida y mecánica, y empezamos ya a evangelizar para que la celebración ritual sea punto culminante del proceso de configuración con Cristo, estaremos condenados a la esterilidad espiritual y apostólica de la Iglesia. Y el día del juicio se levantará Pablo de Tarso y juzgará esta generación porque desaprovechamos el momento kairótico que nos dio la providencia divina para que sus hijos vivieran este hecho salvífico: el compromiso de Dios con el feliz resultado de la vida humana, que se logra por la participación en el triunfo de la Pascua.

REFERENCIAS

- Baena, G. (2011). *Fenomenología de la revelación: Teología de la Biblia y hermenéutica*. Navarra: Verbo Divino.
- Benavent, E. (2002). Para una lectura teológica de la carta a los Romanos. *Reseña bíblica* (34), 52.
- Celebrare il mistero di Cristo. (2001). Manuale di liturgia, *vol II*. La celebrazione dei sacramenti. Roma: Edizioni Liturgiche.
- Comentario bíblico internacional. (1999). Estella: Verbo Divino.
- Comentario bíblico latinoamericano. Nuevo Testamento. (2003). Estella: Verbo Divino.
- Crossan, J. & Reed, J. (2006). *En busca de Pablo: El imperio de Roma y el Reino de Dios frente a una nueva visión de las palabras y el mundo del apóstol de Jesús*. Navarra: Verbo Divino.
- Echegaray, J. (2002). *Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano*. Navarra: Verbo Divino.
- Gnilka, J. (1998). *Pablo de Tarso*. Barcelona: Herder.
- Macdonald, M. (1994). *Las comunidades paulinas*. Salamanca: Sígueme.
- Maldonado L. & Fernández, P. (1987). La celebración litúrgica: fenomenología y teología de la celebración. *La celebración de la Iglesia I*. Salamanca: Sígueme, 311.
- Molina, G. (2002, marzo). *Curso de Bautismo y confirmación*. Apuntes de clase. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Núñez, J. (2002). Antioquía de Siria. *Reseña Bíblica*, (35), 26.
- Pastor, F. (1991). *Pablo, un seducido por Cristo*. Navarra: Verbo Divino.
- Ramis, F. (2009). *Hechos de los Apóstoles*. Navarra: Verbo Divino.
- Sánchez, J. (1999). *Escritos Paulinos*. Navarra: Verbo Divino.
- Vidal, S. (1996). *Las cartas originales de Pablo*. Madrid: Trotta.
- Wilckens, U. (1992). *La carta a los Romanos (Rm6-16)*, vol. II. Salamanca: Sígueme.